

**Gonzalo Serrano Escallón**

*Profesor,  
Departamento de Filosofía,  
Universidad Nacional de Colombia.*

**Carlos Uribe Celis C,  
La Mentalidad Del Colombiano,  
Bogotá, Ed. Alborada, 1992, 209 pp.**

*La Mentalidad del Colombiano*, de nuestro colega Carlos Uribe Celis, es un libro que claramente se mueve dentro de las vecindades del lado empirista y escéptico. Podemos afirmar que el empirismo propio de su punto de vista le viene impuesto por las propias disciplinas de que dependen sus consideraciones: La historia y la sociología. Aunque proclama la relativa independencia de que goza la última en relación con la experiencia, también reconoce el papel definitivo que ésta, la experiencia, juega en la historia.

Es probable que en ciertos medios el calificativo de "empirista" esté cargado con alguna connotación peyorativa. Y no es extraño que tras siglos de su descrédito y ridiculización entre nosotros esta connotación predomine sobre cualquier otra. Empirista no es aquél que, injustamente caracterizado, no ve más allá de su nariz, siendo incapaz de la mínima generalización. El empirista tampoco puede ser quien rinde culto a la experiencia, dándole a ésta un carácter que no le corresponde. La relación del empirista con la experiencia es más bien una relación de respeto.

Su escepticismo está ligado a este moderado empirismo. El escepticismo resulta de la conciencia de que, basado en datos empíricos, sus interpretaciones no pueden pretender un alcance definitivo ni un carácter necesario. Esto que a primera vista aparece un defecto, escudriñado, se torna en virtud, pues el conocimiento no se hace más cierto por el simple

hecho de ser afirmado con mayor perentoriedad. Algo similar sucede con el rigor de su discurso y de su investigación. No conoce mejor, o más, quien sea más riguroso. Ya Aristóteles sabía que no se puede demandar el mismo rigor y precisión en toda clase de discursos.

"...es propio del hombre instruido -decía- buscar la exactitud en cada género de conocimientos en la medida en que lo admite la naturaleza del asunto" (Ética Nicomaquea, 1094 b 25). Y qué más incierto y azaroso que los asuntos humanos.

La correspondencia entre el rigor y su asunto la expresa el autor en el tono mesurado del título de la tercera parte o conclusión de su libro: "¿Qué es ser -qué es haber sido - colombiano?" Un lector desprevenido se podría preguntar: por qué no formular la cuestión simplemente así: ¿Qué es ser colombiano? la razón es que "ser colombiano" no es algo que se puede definir de una vez por todas, a menos que a esta cuestión se le dé un tratamiento dogmático y apriorístico que en modo alguno se compadece con la naturaleza del asunto. "Ser colombiano" es una cuestión que sólo se puede determinar, y esto con alcances relativos, a partir de lo que signifique "haber sido colombiano". De aquí la importancia de la Historia y de sus aportes empíricos y fácticos. Con ello se renuncia a cualquier preconcepto y se parte de una descripción de lo que es haber sido colombiano. Los resultados tampoco podrán ser dogmáticos, pues lo que resulte que hemos sido no nos habrá de perseguir como un destino ineludible. El presente manifiesta transformaciones que ofrecerán nuevos puntos de lo que puede llegar a significar "ser colombiano". De esta manera la identidad es algo que se está conformando permanentemente.

Veamos ahora cómo se recorre el pasado de una nación con miras a identificar su mentalidad. El autor aquí es explícito en lo que se refiere al marco y fuentes de su interpretación. Se trata de una sociología de la cultura aplicada a la Colombia del siglo XX. La primera parte del libro se propone brindarnos un cuadro de la cultura colombiana en lo que va corrido del presente siglo. Esto lo logra el autor mediante una técnica bastante curiosa que, por el efecto que produce, he dado en llamar cinematográfica.

Decidiéndose por un sistema de periodización por décadas Carlos Uribe procede a caracterizar cada una de ellas dando razón de las diversas áreas de la cultura en sus múltiples manifestaciones. De esta manera, recorriendo la arquitectura, la economía, la literatura, la poesía, el cine, la música, la pintura y la vida cotidiana, surge un cuadro de la década en el que las enumeraciones, equivocadamente advertidas por el autor como tediosas, se comportan como pinceladas que cobran vida y sentido sólo en relación con todo el conjunto. Así resultan como instantáneas que detiene, al mismo tiempo que expresan, una década. Y de la misma manera como en el cine reproduce el movimiento sobre la base de descomponerlo

hasta anularlo, el autor logra también aquí recrear la historia a partir de cuadros aparentemente hieráticos, resultando así la película de nuestro pasado cultural.

Pero el trabajo propiamente interpretativo apenas comienza. La segunda parte del libro titulada "Mentalidades", tiene el cometido de examinar cuatro, digamos tendencias de la mentalidad colombiana. Detrás de esta diversidad de tendencias lo que está en juego es la dificultad de hablar de una única mentalidad homogénea y simple que caracterice al colombiano. Se trata entonces de mentalidades que coexisten, se transforman e influyen mutuamente, predominando ora una ora la otra, antagonizando unas veces, congeniando otras. La mentalidad del colombiano, así concebida, ofrece un dinamismo lleno de posibilidades que en nada se asemeja a un ineludible destino dogmáticamente preconcebido.

Dentro de esta dinámica de nuestra mentalidad, tal como la muestra el autor, quisiera destacar brevemente los momentos más polémicos.

En primer lugar podemos ver, de manera sustentada, cómo el antagonismo entre las mentalidades Católica-Conservadora y Liberal adquiere en ciertos momentos visos de farsa. Es algo que el ciudadano común ya sospecha que se conforma con mirar de soslayo. Lo podemos comprobar en sus gestos y expresiones cuando, en período de elecciones, se refiere a los políticos de turno y sus promesas como "los mismos con las mismas". La mayor y más consecuente muestra de ese farsante antagonismo es el Frente Nacional. Lejos de culpar exclusivamente a los promotores directos de este pacto, el autor muestra las raíces de la farsa bipartidista en la derrota del radicalismo, la cual se remonta a los finales del siglo pasado. Quedan bastantes atenuadas las diferencias ideológicas que en algún momento ofrecieron la posibilidad de verdaderas alternativas políticas que condujeran a la culminación de los intentos secularizadores de los que, no obstante, sobrevivieron algunos vestigios, como el Alma Mater que en estos momentos nos aloja.

Por otra parte, en relación con la violencia y su mentalidad, el autor nos ofrece una interpretación llamada culturalista en la cual renuncia a vincular este fenómeno típicamente colombiano a una única causa. Rechazar tal vínculo implica enfrentar varias hipótesis sobre la violencia colombiana sustentadas por conocidos estudiosos de nuestra historia, entre quienes se destacan, a nivel internacional, D. Pecaut y, a nivel nacional, Fals Borda, Estanislao Zuleta, Antonio García entre otros. Estas hipótesis tienen en común la pretensión de explicar el fenómeno de la violencia por recurso a una única causa. En algunos casos se responsabiliza de la violencia al proceso de proletarianización del campesinado, en otros a la derrota del gaitanismo y la subsecuente represión de las masas, o finalmente, al auge del capital financiero. Pero, al parecer del autor, ninguna

de estas causas por sí sola explica el fenómeno, como causas expresan hechos que se han producido en otras latitudes sin las funestas consecuencias que conocemos entre nosotros. Por tanto hay que replantear el problema. Es necesario, antes que todo, caracterizar la especificidad de nuestra violencia, para así proponer una explicación también específica. Hay que dar razón de las características de tal violencia a saber; su partidismo, su carácter marcadamente ideologizado y exclusivamente campesino y, finalmente, su atrocidad. El método de abordar este fenómeno se va haciendo explícito: a un fenómeno complejo solo lo puede explicar un complejo de causas. Se trata entonces de intentar una explicación que involucre " los factores de la ideología, los cambios de actitudes, la intolerancia o incapacidad para el respecto de las ideas ajenas, el antipluralismo, nada protestante, de nuestra cultura social y política, la tendencia a la hegemonía y el excesivo deseo de detentar el poder con monopolio de secta partidista y con exclusión de los otros contendores" (pág. 162). Una explicación tal es la que el autor denomina culturalista.

Vale la pena, finalmente, destacar el concepto de "Modernidad agónica" con que el autor culmina sus consideraciones sobre las mentalidades. Obvio es que la irrupción de la modernidad entre nosotros no acontece de manera galopante y directa como ocurrió entre las culturas pioneras de la época moderna o, algo más tarde, en norteamérica. El proceso de individualización del hombre y el desgarramiento que implica su inserción en el gran aparato social moderno, caracterizado por sus altas exigencias de especialización, es algo que en nuestra vinculación tardía y tímida con el nuevo orden ocurre con enormes reservas y resistencias que expresan en las ideologías conservadoras que no sólo se nutren de la vieja cosmovisión sino también del temor frente a lo moderno por su carácter masificador, aplastante, anónimo. Agónica es para el autor nuestra modernidad por que "no fluye llanamente en el escenario divino de nuestra nacionalidad sino en medio de luchas, restricciones, cicaterías, dolores, muertes y agonías (187).

*La Mentalidad del Colombiano*, para teminar, es un libro oportuno. Oportuno para una nación que empieza a darle la espalda al dogmatismo y la intolerancia. Oportuno para una nación recientemente autoconstituida bajo los principios de la diversidad cultural, política e ideológica. Escrito en un estilo elegante y agradable es por lo demás un libro orientador para un momento de transición como el que hoy vivimos.